

ala delta

Beatriz DOUMERC

**UNA PLUMA
CON HISTORIA**



El caburé es un pájaro semejante a la lechuza que vive en la América del Sur. Las creencias populares le otorgan poderes mágicos: el de hipnotizar con su canto y su mirada y de poseer una pluma que da felicidad.

Beatriz Doumerc y Ajax Barnes, maestros de la ternura y de la magia siempre dejan caer en sus libros un mensaje de búsqueda de la libertad.

Índice de contenido

Cubierta

Una pluma con historia

Primera parte

Lo que le sucedió a Viljo, el marinero

¡Que llega el circo!

El hipnotizador

¿Dónde está la pluma de la felicidad?

El encuentro

La huida

Otros mundos

Segunda parte

Las tres Marías

El señor Bisiesto

El Rey

Cambio de vida

Espectadores alados

La virtuosa Eulalia y el barón diabólico

El final del final

Primera parte

Lo que le sucedió a Viljo, el marinero

CUANDO al marinero Viljo le sucedió lo que le sucedió, ni siquiera se dio cuenta, porque en ese momento estaba bebiendo en una taberna del puerto después de una travesía de meses por el océano. Antes de entrar en esa taberna, había estado en otras varias, bebiendo copa tras copa de licor, y, cuando quiso acordar, ya ni recordaba cuántas tabernas había recorrido ni cuántas copas había bebido, ni dónde estaba, ni cómo se llamaba. Había perdido la cuenta de todo, y, lo peor, había perdido a Alicuco.

También había perdido el barco, que a la hora establecida partió puntual, en medio de un estrépito de voces, pitidos y cadenas, y un alboroto de albatros y gaviotas. Pero eso a Viljo no le importó, porque hacía tiempo le rondaba en la cabeza la idea de cambiar de vida y abandonar el agitado océano por la tranquila tierra firme.

Ocupando su lugar en alta mar iba ahora un chico llamado Anselmo, que también había decidido cambiar de vida pero al revés: dejar la monotonía de tierra firme y arrojarle con bríos en las imprevistas aventuras de los mares. En efecto, cuando el capitán del *Navigator II* —que así se llamaba el navío—, ya a punto de zarpar, pasó lista a su tripulación y notó que le faltaba un marinero, se asomó por la borda y gritó: —¡Eh, vosotros! ¿Hay alguno que quiera navegar? ¡Es poca la tarea y mucha la paga!

Eso no era muy cierto. Más bien era al revés: la paga poca y el trabajo mucho. Pero los chicos que estaban ron-

dando por el puerto, ansiosos de partir a recorrer el mundo, le creyeron, y se ofrecieron para embarcar. De entre todos, y vaya uno a saber por qué, el capitán eligió a Anselmo, quien, sin pensarlo dos veces y con lo puesto, trepó por la planchada y se puso a las órdenes.

Minutos después el flamante marinero, con los cabellos agitados por el viento salobre, contemplaba la silueta del puerto que se desdibujaba y achicaba a medida que la nave avanzaba a toda marcha entre las olas.



Y dejemos a Anselmo, mientras se aleja de su tierra natal, porque a él todo está por sucederle y, por lo tanto, no conocemos su historia, y volvamos a Viljo, que en ese mismo instante sale de la taberna y un tanto tambaleante contempla desde el muelle al *Navigator II*, que se aleja hasta convertirse en una mancha contra el limpio horizon-

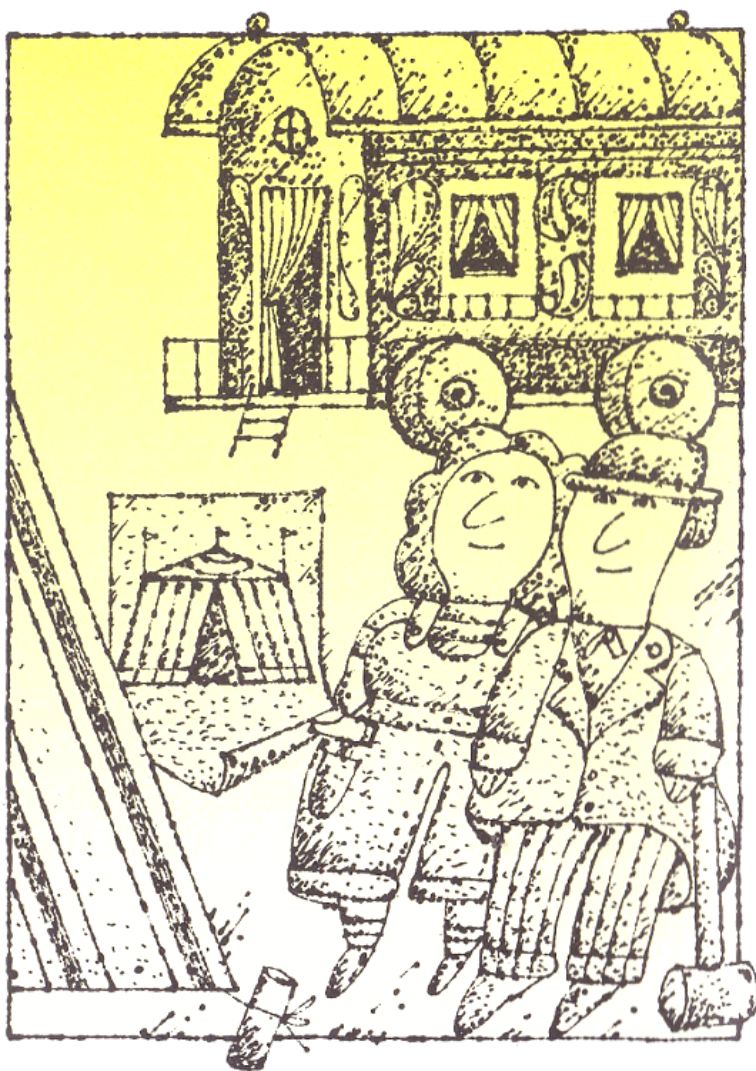
te. Está desorientado, maldice, ¿qué le ha sucedido? Finalmente sus ideas se van aclarando y murmura:

–No importa. Al fin y al cabo, mi deseo se ha cumplido y probaré suerte en tierra firme. Veremos lo que me depara el destino.

Y ya repuesto, se dispone a buscar y encontrar a Alicuco, porque eso sí que le importa muchísimo.

¡Que llega el circo!

ESTE Alicuco, también llamado Caburé o Rey, era oriundo de tierras patagónicas, las más australes del planeta. Viljo el marinero, por el contrario, había nacido en tierras nórdicas, en un pueblo de Finlandia de nombre impronunciable para nosotros. Cada uno en una punta del mundo, los dos se habían encontrado, por uno de esos azares de la vida, en un poblado perdido en medio de los campos, cercano a la costa atlántica. Viljo el marinero había ido a parar allí por mar, en una de sus tantas travesías. Alicuco, Rey o Caburé, en cambio, había llegado allí por tierra, en un destartalado carromato que recorría América del Sur ofreciendo un magnífico espectáculo. Eso de magnífico lo decían a gritos el señor y la señora Lupini, dueños del carromato, cada vez que llegaban a un poblado y anunciaban la función:



—¡Señoras y señores! En nuestra gira triunfal por toda América no podíamos dejar de visitar una vez más este pueblo tan amante de nuestro arte y donde tantas satisfacciones hemos recibido... —decía el señor Lupini en medio de la plaza.

Y los pobladores se miraban unos a otros completamente extrañados. ¡Jamás en la vida habían visto al señor,

ni a la señora, ni el carromato! El hombre debía de estar equivocado... Pero la señora Lupini proseguía:

—Grandes cambios ha habido en nuestro circo. Vosotros recordaréis de seguro el espectáculo anterior...

Nadie recordaba nada, pero todos escuchaban con atención:

—... Pues ahora contamos con una más grande variedad de números y artistas...

La gente miraba a su alrededor y sólo veía al señor y a la señora Lupini, pero igual se mantenía en su puesto.

—... Y todos tendréis oportunidad de comprobarlo con vuestros propios ojos... ¡Respetable público! Dentro de breves instantes se pondrán a la venta las entradas para la función de esta noche. Única función, pues nos aguardan múltiples compromisos y sólo os rogamos puntualidad: ¡a las veintiuna y treinta, truene, llueva o haya eclipse, comenzará el espectáculo! Y para mayor comodidad... que cada uno traiga una silla.

La gente salía disparada a terminar sus tareas, a avisar a los que no estaban, a buscar dinero para las entradas, a coger una silla, la mejor del mobiliario; en fin, todos se preparaban para la noche. En esos pueblos perdidos, cada noticia era sensación, cada forastero curiosidad. ¡Imaginémonos un circo!

El señor y la señora Lupini desenrollaban y armaban la carpa —más bien unas lonas cosidas entre sí—, colocaban farolillos, preparaban un precario trapecio entre los árboles, tapizaban el suelo con alfombras delimitando la pista, colocaban sobre ella baúles, espejos, armas, instrumentos y otras cosas que nadie había visto jamás. Y claro está, en medio de todo ese ajetreo, muchos se acercaban a ayudar y eran muy bien recibidos. Entonces, la señora Lupini daba órdenes para que todo estuviera pronto y perfecto:

—¡Estirad esos cordeles! ¡Ajustad esas estacas! ¡Corred ese farol! ¡Barred los rincones! ¡Atad las sogas!

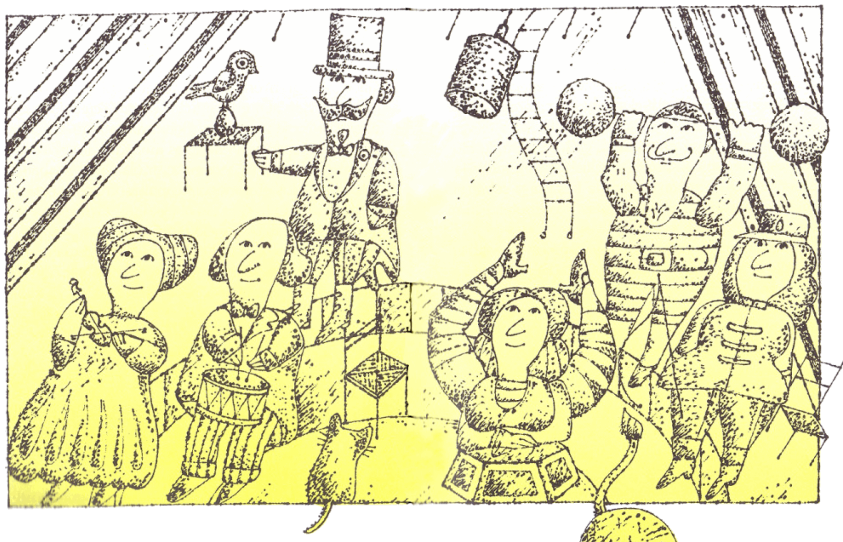
Grandes y chicos corrían de aquí para allá trabajando con gran entusiasmo, pues... ¿a quién no le gusta ayudar a preparar un circo? Y cuando todo estaba listo, se ponían en rigurosa fila ante el señor Lupini, que, a cambio de unas monedas, les entregaba un cartoncito rojo como entrada. Y si no había dinero, buenos eran huevos o pollos, frutas o panes, verduras o vino.

Y comenzaba la función:

Primero: la gran orquesta Danubio, integrada por diversos instrumentos, a saber: violín, clarinete, armónica, pandereta, guitarra y platillos –todos tocados alternativamente por el señor y la señora Lupini–, interpretaba una obertura triunfal.

Segundo: Flor de Loto, contorsionista de fama internacional, ejecutaba increíbles ejercicios hasta convertirse en un apretado nudo de brazos y piernas. A pesar de la peluca rojo fuego y de la apretada malla violeta que ceñía su cuerpo, todos descubrían en Flor de Loto a la señora Lupini.

Tercero: Fabrizio, el tragafuegos –que sin lugar a dudas era el señor Lupini con barba y bigote postizos–, lanzaba y tragaba espectaculares llamaradas ante el asombro general.



Y cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo y noveno, desfilaban por la pista Sandra la trapecista, Fun-Chu-Fo el mago, Erica la domadora y el feroz león de Borneo, los payasos Sombra y Calabacín; Atlas, el hombre más fuerte del mundo, y Guadalupe, la Flor Azteca, número que dejaba boquiabiertos a todos los espectadores, pues en medio de la pista y sobre un cajón, aparecía la cabeza de la señora Lupini... ¡y ni rastro de su cuerpo!

Había gritos de espanto y algunos intentaban huir; entonces, para tranquilizarlos, la Flor Azteca hablaba con ronca voz y eso resultaba peor, porque los más sensibles sufrían soponcios y el señor Lupini se veía obligado a intervenir: apagaba las luces y rápidamente las volvía a encender... ¡la Flor Azteca había desaparecido y en su lugar la señora Lupini lucía sana, salva y enterita! El público aplaudía aliviado y ambos, marido y mujer, pronto procedían a explicar la ilusión óptica que, mediante un acertado juego de lentes y de espejos instalados en el cajón, había permitido que sólo fuera visible la cabeza y no el cuerpo de la dama. Y como la cabeza estaba maquillada y peina-

da de manera extravagante y grotesca, simulando una enorme flor carnívora, el resultado era espeluznante.

El público no entendía mucho esa precaria explicación de física, con términos desconocidos para ellos, pero igual quedaba satisfecho: la señora Lupini estaba viva y no decapitada. El espectáculo podía proseguir. Y proseguía, después de un breve intervalo en donde todo lo visto era motivo de vivaz comentario.

Para ese momento, ya la luna nadaba en el cielo entrecruzando nubes y alumbrando de lleno, y los que salían a estirar las piernas y a respirar un poco de aire fresco jamás olvidarían la imagen de la carpa bajo la luna.

La segunda parte del espectáculo era breve: primero la intrépida Aghata (para ese número la señora Lupini había cambiado su peinado de flor carnívora por una sencilla trenza) se ponía en manos de Joe, el As de la Puntería. De pie contra una tabla, alto el busto y desafiante la cabeza, la valiente aguardaba los preparativos del As, que con mano y ojo de entendido calculaba pesos y revisaba filos, eligiendo los puñales apropiados para dar rienda suelta a su certera puntería. Se trataba de arrojar alrededor del cuerpo de Aghata puñal tras puñal hasta dejar dibujada su silueta en la tabla, sin error de milímetros, ni vacilaciones que podían resultar fatales. Joe calculaba distancias y, con gesto de atleta helénico, echaba su brazo hacia atrás... En la carpa reinaban la expectación y el silencio; uno tras otro, casi con la rapidez de los tiros de una ametralladora, los puñales volaban de su mano y se clavaban en los puntos exactos. Aghata ni pestañeaba.

